

# MARIA EUGENIA VAZ FERREIRA

... Dale a los benditos que todavía sueñan  
tus áureas lentejuelas y tu hostia de plata,  
y a mí, que te deseo inextinguible y única,  
dame la eternidad de tu silencio, ¡oh, Hermana!

Ya el silencio le fué dado a la mujer que supo sembrar en nuestro pobre ambiente los estremecimientos de un sonoro canto y la luz de una profunda armonía. — Y la poetisa deja encendidas en el cielo de nuestras caras evocaciones las luminarias de sus estrofas donde su cerebro privilegiado y su alma de excepción tiemblan, a manera de rojas estrellas en medio de la Noche que la anegó para siempre. — Ella surgió en nuestro ambiente literario en una época de renovación, y fué ella misma una innovadora. — La fuerza de expresión dá a sus composiciones un sello inconfundible. — Su vastísima ilustración la eleva sobre el nivel común, y esto, al servicio de un talento como el de María Eugenia Vaz Ferreira, hace que el valor literario de sus producciones, plasmadas en belleza y emoción, corone la cima a donde pocos han llegado. Tales Julio Herrera y Reissig y Delmira Agustini. Tiene, como el primero, una línea de forma impecable y como la segunda, el vuelo poético, menos apasionado, más cerebral, pero de una

grandeza humana y filosófica considerable. — Por todo esto podemos decir que fué la primera mujer que habló a nuestro lado el lenguaje armonioso y musical de la estrofa escrita. — Cinceladora milagrosa, pertenece a la clara estirpe de los románticos, de los dolorosos y de los verdaderos artistas. — No intentamos aquí decir lo que fué: los que no lo saben aún, no lo sabrán nunca. — Su poesía, universal y subjetiva, hermana su obra con su vida en aristocracia y en dolor. Ahora, no sabemos donde mora el espíritu luminoso de la poetisa. — Tampoco aquellos ojos, cansados de ver la vida, nos dirán la ausencia de chaturas cotidianas que gozaba su alma. — Herido su cuerpo ahora, descansa en un lecho que sabemos orlado de pétalos blancos, y hacia el que se tienden nuestros brazos con un misterioso temblor apasionado y respetuoso. — Se vá, destrozada por la vida, que hace la muerte. Y como ella lo sabe, pone en nosotros la mirada lejana de sus versos para que nosotros sintamos ir:

... Y brindándome el olvido  
en su ancha copa de espuma,  
— ¡Bebel—me decía el mar

## O D A A L A B E L L E Z A

¡Oh, Belleza, que tú seas bendita,  
ya que eres absolutamente pura.  
Ya que eres inviolada,  
límpida, firme, sana e impoluta,  
Fuente de la divina complacencia,  
oasis infinito  
que sugieres los éxtasis beatos  
y las románticas contemplaciones...

Adonde quiera que tu signo luzca,  
adonde quiera que la esencia encarnes,  
fluye de tí, maravillosamente,  
una gloria serena y luminosa,  
una fruición profunda e inefable.

Eres el cauce pródigo  
surtidor de armonía;  
crisol de místicas depuraciones,  
la veta que colora y que sublima  
el eterno miraje;  
eres la gema augusta  
prendida sobre el arca  
fértil del Universo.

Aunque el ciego te ignore,  
el profano te niegue  
y el infiel te repudie,  
eres perfectamente triunfadora  
sobre la indiferencia de los necios  
y la conjuración de los apóstatas...

Aunque los pecadores  
te inculpen los pecados,  
y te acusen los réprobos  
de atributos malditos,  
eres immaculada e inocente:  
no te corrompes con la hiel del odio  
ni la ponzoña del amor sacrilego.

Eres inaccesible,  
eres pasiva, sola,  
sencilla y sobrehumana...  
no inspiras, no padeces  
el prosaísmo vil de la materia  
ni la sensible turbación del alma.

Entre todos los acontecimientos,  
evoluciones, mitos y teorías,  
entre la suficiencia que te alaba  
y la interpretación que te traiciona;  
entre todas las fuerzas,  
entre todos los tiempos,  
entre todas las cosas,  
tú te levantas religiosamente  
dentro de la urna sacra de tu forma  
como en la alada prez del incensario  
la inmunidad de la sagrada hostia.

¡Oh, Belleza, que tú seas bendita!  
más la sabia legión de tus apóstoles,  
la entraña que te crea,  
el sol que te ilumina,  
el prisma que te agranda,  
la plancha que te copia,  
el áureo pedestal que te enaltece  
y el soberano Iis que te corona!

Por eso, sobre el plinto de tu imagen,  
sobre la majestad de tu hermosura,  
sobre el fulgor joyante de tus iris,  
sobre la egregia línea de tus curvas,  
pongo la rendición del canto mío  
a tu gracia inmortal, ¡oh fecunda!